



Por: **Mauricio Ruiz**
Estudiante de Psicología

Un viernes cualquiera salí de mi casa a las 8 de la mañana para tomar la ruta 110 en la parada del Seminario y llegar a mis clases de Psicología en la UCA. Desde que cerré el portón de mi casa hasta llegar a la universidad no tuve más contacto social que un saludo de manos a la distancia con el cuidador de la casa de enfrente.

El viaje en el bus fue normal pero yo notaba algo extraño. Unas 30 personas iban en aquel gigante de hierro pintado de verde que aceleraba en el 7 Sur. Nadie hablaba. Era increíble ver que nadie se tomaba la molestia de entablar el

más mínimo contacto humano.

Los que podían miraban por la ventana, otros veían al frente, chateaban, escuchaban música o la radio del bus y yo, que observaba atónito cómo la vida no nos deja salir de nosotros mismos. Nos obliga, por no tenerlas garantizadas, a pensar siempre en nuestras necesidades básicas, siempre estresados, siempre preocupados.

¿Y qué clase de vida se vive en Nicaragua entonces? Para ser francos, un factor muy influyente es la inseguridad presente en los buses de Managua. Son buses peligrosos y sus pasajeros andan a merced de

ser asaltados hasta por los mismos vendedores, cuyos ingresos no son suficientes. Luego del trajín de cada día, cuando cae la noche, al vendedor o vendedora que sufrió el sol en sus carnes se le recibe como héroe en su casa.

Aunque frijoles, tortilla y crema no son el premio para alguien que arriesgó tanto por tan poco, no hay dudas que con el calor familiar se reponen las fuerzas gastadas durante la jornada.

Mientras todos ven la propaganda del gobierno, las acusaciones de la oposición sobre el fraude; los niños siguen corriendo, el córdoba se sigue devaluando,

las mujeres siguen siendo violentadas y la canasta básica no para de subir.

Y aunque son miles de pobres los que viven esta realidad, muchos la ignoran, quizás para no hacer más complicadas sus jornadas. Como igual ignora esta realidad la bien acomodada familia que cena una vez por semana en los mejores restaurantes del nuevo centro de Managua.

Esa es mi realidad nacional, la de la 110 y sus pasajeros en silencio, la de centenares de hombres, mujeres, niños y niñas que a diario esquivan asaltos y atropellamientos en los semáforos para poder comer hoy y mañana y volver a nacer al siguiente día.

La de los y las estudiantes de las distintas universidades de Managua que se sienten abrumados y abrumadas por tantos problemas en el país y en sus familias y no encuentran una solución que los resuelva todos, o al menos una parte.

Como estudiante de Psicología de la UCA a mi lo único que me queda es humanizar.

A cualquier destino que me toque recorrer, o si acaso llegara a dirigir un proyecto, siempre recordar que vengo de la Facultad de Humanidades y Comunicación y que (como dice la teoría de la Pirámide de Maslow), hay una serie de necesidades básicas que son necesarias para la calidad de vida y el buen funcionamiento de

las personas, entre ellas alimento, techo, agua y educación.

Y que siempre debo hacer énfasis en que se le cumplan estos derechos a la población.

Y aunque son miles de pobres los que viven esta realidad, muchos la ignoran, quizás para no hacer más complicadas sus jornadas.

